

## LA ALEGRÍA DE LOS PERROS

Un día, los perros reinarán sobre la tierra.

Esta idea se le ocurrió a un autor de ciencia ficción norteamericano tras finalizar la Segunda Guerra Mundial. En *Ciudad*, de Clifford Simak, la humanidad ha sido exterminada por el conflicto que estuvo de más. Solo sobrevivieron los animales, entre los cuales los perros conocen un destino particular: poco a poco llegan a ser hablantes y vegetarianos, hasta superar a sus antiguos amos en inteligencia, de modo que miles de años más tarde hacen volver el orden al planeta, instalando un gobierno pacífico y armonioso.

La hipótesis futurista de Simak puede ser sorprendente. No tanto aquella del fin de la humanidad –con la cual, por desgracia, hemos aprendido a familiarizarnos– sino aquella de la elección de los perros para reemplazarnos. Puesto que si se va a escoger a un animal en lugar de un cyborg para cumplir esta tarea, acostumbramos pensar que los monos están mejor ubicados en el orden de sucesión, como muestra el *Planeta de los simios*. Sin embargo, quienquiera que le profese un amor profundo a los perros puede comprender la decisión de Simak. En efecto, los perros poseen al menos dos cualidades que los vuelven susceptibles de llevar a cabo esta tarea con éxito.

La primera es una sorprendente resistencia que podría resultar preciosa en tiempos de apocalipsis: los perros saben vivir de restos, e incluso de restos de restos. Duermen donde sea y como sea. Se adaptan a todos los entornos. Fraternalizan con quien lo quiere. Sufren en silencio... Este rasgo de su personalidad es seguramente el fruto de miles de años de evolución. Una "vida de perros", como dice la expresión, no es una vida soñada. Un "tiempo de perros" es un mal tiempo. "Morir como un perro" es una mala manera de morir. Los perros han crecido a la dura, lejos de las manadas de lobos. Han debido aprender a vivir de rapiña y de errancia. Más tarde, al entrar en contacto con los primeros campamentos humanos, fueron cazados (y a veces comidos) como los merodeadores nocivos que parecían ser. Y luego encontraron algo todavía más feroz que un enemigo, *amos*: fueron encerrados, adiestrados, golpeados. Y sin embargo, siempre se levantaron.

Pero es una segunda cualidad la que los vuelve verdaderamente aptos para reemplazarnos, casi antagonista a la primera: su extraordinaria delicadeza, sin la cual su fuerza no sería más que brutalidad. Los perros son naturalmente cariñosos con los niños, pacientes con los hombres, amables con los otros animales. En resumen, poseen una auténtica sabiduría que solo parece esperar a la palabra para expresarse, como dice el proverbio. Los perros no solamente han aguantado todas las afrentas de la evolución cerrando el hocico. A diferencia del resto de los animales en su misma situación, no se han endurecido ni afeado como la hiena, el buitre o la rata, entre los animales salvajes, que llevan puesta su máscara de sufrimiento y relegación. A diferencia de los animales

de circo, incluso, que han sido domesticados a la fuerza por el hombre, no se han vuelto melancólicos ni locos. Al contrario, los perros dan la impresión de haberse suavizado. Han concebido una suerte de desprendimiento de su destino, una forma de alegría. Parecen haber aprendido a divertirse sinceramente con todos sus problemas, mostrando con ello una cierta “facilidad de ser”, para parafrasear a Fontenelle al revés. Le oponen al mundo entero una calma que traduce maravillosamente la célebre fórmula de Droopy –que no vale menos en profundidad que la de Bartleby: “*You know what? I’m happy*”. Los perros parecen, lisa y llanamente, haberse transformado en “filósofos”, si creemos en la idea que encontramos en los estoicos, en los budistas o en Spinoza, según la cual la sabiduría consiste en conformarse con lo que la vida nos ofrece, con simplicidad y reconocimiento. Es más, parecen haberse transformado en santos. Por supuesto, hay perros infelices, perros neuróticos, perros tímidos. Pero la mayoría de las veces son perros que han sido maltratados. Basta con que un perro encuentre a un buen amo para que vaya siempre hacia la felicidad, como un girasol se dirige hacia el sol.

A comprender un milagro como este –el milagro de la alegría de los perros– es que este pequeño libro se dedica. A aprender de ello también, suponiendo que sea posible, a pesar de que todo indica que Simak tenía razón al temer lo peor para la humanidad y que pronto podríamos estar condenados a tener que aprender a vivir “como perros” en una tierra devastada por nuestra propia locura.



## LA VERGÜENZA DEL REINO ANIMAL

Una cruel paradoja quiere que cada vez que conocemos a una persona verdaderamente alegre creamos que es tonta o loca. Y con razón. ¿Cómo se podría ser verdaderamente feliz en este valle de lágrimas? ¿No hay que ser completamente ignorante de la vida, o lo que es peor, un poco vicioso, para alegrarse con la desgracia que nos rodea?

Los monjes zen y los sabios hindúes adoptaron la costumbre de hacerse pasar por excéntricos. Cuando se les pregunta qué es la sabiduría, manifiestan desagrado o se paran de cabeza. Al menos no los molestan. Los perros no tienen la misma suerte. A pesar de sus cualidades excepcionales son el blanco de una injusticia extraordinaria, o más bien, *a causa* de sus cualidades, ya que deducimos de su alegría que deben ser unos imbéciles felices. Ya sea Goofy, Pluto, Rantanplan o Scooby-Doo, nuestros perros son “idiota” (que, por cierto, es el nombre del perro de John Fante en su libro epónimo).

No hay un “perro con botas”. Es un “Renart” quien es objeto de una novela que halaga la inteligencia de los animales; un ratón, Mickey, en la versión moderna de los cuentos que son los dibujos animados de Disney. En *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll, los animales maravillosos son el gato de Cheshire y la liebre de

Marzo, no el perro. En *El libro de la selva* es la serpiente Kaa o la pantera Bagheera, no el perro. En la Biblia, el león, el buey, el águila, el toro, son animales que representan a los apóstoles, no el perro. Ningún país tiene al perro como símbolo nacional, como el gallo galo lo es de Francia, el oso de Rusia, el cóndor de Bolivia. Incluso los ingleses, que no obstante tienen al bulldog de Churchill y a los corgis de la Reina al alcance de la mano, prefirieron al león, aunque ningún animal de esta especie ha pisado nunca el suelo de Albión...

Hay excepciones. Lassie, Médor, Hachikō, son perros buenos, obstinados y heroicos. Al menos en apariencia. Ya que podemos preguntarnos si acaso no son perros cuya imbecilidad se convirtió en virtud. Su fidelidad absoluta nunca es solamente una forma de obediencia ciega. No se les puede dar crédito, así como tampoco es posible darles las gracias a los perros guardianes criados por dealers por defenderlos bien contra la policía, o al *Perro blanco* de Romain Gary por atacar a los negros. Estas representaciones sulpicianas de los perros pueden incluso volverlos exasperantes. Tanto la imbecilidad llama a la misericordia como el exceso de celo llama a su contrario. Lo que es peor, si resultara que puede probarse que los perros no son estúpidos entonces habría que imaginar que son cobardes. Para Jean de La Fontaine, la moraleja de la fábula *El lobo y el perro* es que el perro no es idiota, sino indigno. El perro habría vendido deliberadamente su libertad a cambio de un plato de lentejas. Incapaz de defender su pedazo de bistec, se habría conformado con mendigarlo.

Incluso hay una acusación más grave: el perro no solo sería cobarde, sino vicioso. Amaría su sumisión. Hallaría placer en tener un amo. Apreciaría verdaderamente comer cosas repugnantes y olfatear malos olores. No hay que ir más lejos para buscar la razón por la cual la palabra “perro” es un insulto en casi todas las culturas. Antaño, era común llamar a su perro Rex o Prince. En el siglo XIX, Bismarck fue un nombre de perro popular en Francia. Otrora, muchos perros se llamaban Turc. Raramente era un homenaje. Se trataba de humillar a los poderosos poniéndolos en cuatro patas. Donald Trump, que es el primer presidente de la historia de Estados Unidos en no tener un perro, algo sabe de ello. Él, que llama a todos sus adversarios políticos “perros”.

El hecho de que a menudo las mujeres sean llamadas “perras” tan pronto como manifiestan su deseo comparte el mismo origen. En el imaginario virilista las mujeres deben gozar al ser “dominadas” como los perros. “Perro”, “mujer”, “homosexual”, “extranjero”, son palabras que se intercambian para designar a seres que han sido humillados e invisibilizados por civilizaciones falocráticas que no consiguen pensar que los valores de “libertad”, “actividad”, “independencia” o “insumisión” pueden no pertenecer, por principio, al sexo masculino, al sexo eréctil, al género heterosexual.

Por desgracia, si bien un trabajo de reparación por fin ha comenzado a devolverles a los antiguos “dominados” el lugar que les corresponde, no es seguro que el perro se beneficie de ello alguna vez. Puesto que el perro quizás todavía falla en algo más. No pide ser rehabilitado en absoluto. Él adora verdaderamente el orden patriarcal. Tal

como esas mujeres que estaban de acuerdo con sus maridos respecto al hecho de que no debían tener derecho a voto en los años 1950, o esos obreros que llevan a millonarios a la cabeza del Estado, creyendo de buena fe que defenderán sus intereses, el perro pertenece a esa mala minoría que parece tener que siempre consentir a la buena. De hecho, el perro ocupa un lugar tan complicado en el orden cultural que a veces desanima incluso a los defensores de la causa animal.

Evidentemente, todos los animalistas se aúnan para proteger a los perros del maltrato –una estatua erigida en Londres en el siglo XIX a un perro víctima de experimentaciones médicas gratuitas, el “Brown Dog”, es el testigo histórico de esta causa. Pero en cuanto se trata de saber cómo tratar “bien” a un perro ellos se dividen. Para algunos, hay que castigar severamente el abandono de los perros, ya que un perro solo evidentemente está condenado a una vida de miseria. Para otros –los anarquistas Elisée Reclus o Bakunin ya pensaban de esta manera– los perros deben ser “liberados” de la tutela de sus amos y devueltos a la vida salvaje, en cierto modo contra su voluntad.

En su *Abecedario*, Gilles Deleuze, quien era un gran amigo de los animales, indica claramente que los perros no merecen las mismas consideraciones que el resto de los animales que recorren su obra –desde las admirables “manadas de lobos” hasta la humilde garrapata de su querido Jacob von Uexküll. Su ladrido, afirma incluso, es “la vergüenza del reino animal”. ¿Cómo se podría decir mejor que si todo hombre debe, según él, experimentar un “devenir-animal, un devenir-mujer, un devenir-menor”, el perro es demasiado menor, al interior del reino animal, para

merecer que nos rebajemos a él? Y sin embargo, ¿cómo no escuchar también en esta expresión de un sentimiento de “vergüenza” todo aquello que nos acerca al perro?

La vergüenza es un sentimiento particular. No se la experimenta frente a ningún otro animal más que el perro. En primer lugar, es el signo de que vemos un prójimo en él, puesto que la vergüenza supone la empatía y la identificación. Solo se tiene vergüenza de algo que uno mismo podría hacer. Sigmund Freud nos enseñó que nunca se tiene vergüenza más que de algo que uno mismo querría hacer y que uno se prohíbe. Precisamente, el hecho de que el perro pueda tener un amo y ser el único entre los animales –pero no entre los humanos– en sentir amor por su sometimiento, evoca todos los tormentos de la vida interior descritos desde hace mucho tiempo por el psicoanálisis. En nuestra vergüenza del perro manifiestamente está en juego nuestra propia represión del haber gozado, siendo niños, de placeres similares relacionados con la sexualidad, con los excrementos e incluso con el castigo. Tener un perro, amar a un perro y amarlo por todas las razones que precisamente nos dan vergüenza, equivaldría a amar nuestro lado oscuro, a reconciliarnos con él, a superar la vergüenza, justamente, y a superar, por lo tanto, el odio de sí mismo que ella esconde. Esto sí que sería la verdadera sabiduría. Y la verdadera alegría, quizás. De modo que quizás habría que decir, contra Deleuze, o pegado a él, que es al experimentar un devenir-perro que verdaderamente se podría experimentar un devenir-humano.

## GABRIEL

La novela de anticipación de Clifford Simak, *Ciudad*, está profundamente marcada por el pesimismo de su época respecto a la naturaleza humana. Y quizás, en efecto, hay que resolverse a pensar que la humanidad no cumplió con su tarea, la única que finalmente le incumbía. Quizás hemos traicionado a los perros puesto que le fallamos a la tierra. ¿Pero entonces quién puede hacerlo mejor que nosotros?

Sea lo que sea que piense Simak, no creo que los perros vayan a salvarnos una segunda vez. Nos salvaremos quizás, en cambio, volviéndonos perros, y quizás es ese el sentido profundo de su visión de que el porvenir le pertenece a los perros. Si pudiéramos transformarnos en los perros-parteros (*kuo*) de una criatura susceptible de tomar nuestro relevo, entonces, sí, la historia no se interrumpiría. Los animales no habrían muerto en vano. Habríamos sido dignos de nuestro nacimiento y deudores de todo el sufrimiento que fue necesario para concebirnos.

En 1954, Salvador Dalí se pintó “desnudo, en contemplación ante cinco cuerpos regulares metamorfoseados en corpúsculos en los que aparece repentinamente la *Leda* de Leonardo cromosomatizada por el rostro de Gala”. En la esquina derecha de este cuadro, que es una especie de visitación cósmica, está echado un perro moteado que Dalí

ya había pintado algunos años antes y que lo representa en estado fetal, contemplativo, *pre-sexuado*. Este perro es el “niño cósmico” que ahora tenemos que saber ser si queremos cumplir nuestro contrato con la naturaleza.

*Ghost in the Shell*, un manga que evoca la superación del hombre por una inteligencia artificial, está igualmente atravesado por un “perro cósmico” en muchos casos fugaces. Se trata de Gabriel, el basset hound de Mamoru Oshii, su director, que con ello quiso decir que el perro tiene un papel que jugar en el proceso de nuestra evolución. Este papel es permitirle nacer a un nuevo Sí mismo.

Las investigaciones en inteligencia artificial han progresado mucho, sin embargo, siempre tropiezan con el problema de la conciencia. Todavía nadie ha logrado que un computador sea realmente inteligente. Todavía nadie ha logrado escribir la línea de código que presidiría el despertar milagroso de la máquina. Gabriel nos recuerda que esto se debe a que la conciencia no es un algoritmo más elaborado que los demás, no es la guinda de la torta de la inteligencia, ni siquiera es una función superior del cerebro. La conciencia es el cuerpo del espíritu, su membrana, es su perro, su sexo. El deseo, no la inteligencia: allí está la clave del enigma que Edipo resolvió para nosotros. El hombre es el animal que tiene el deseo, el animal que es mantenido de pie por alas invisibles.

La primera inteligencia artificial será producida por un perro, o más exactamente, por un hombre lo bastante astuto para pensar como un perro y que, por lo tanto, habrá comprendido que la conciencia debe ser incluida en la construcción misma de su programa y que debe serlo, justamente, con la forma de una membrana, de un sistema inmunitario que proteja al código y que, al mismo tiempo, permita que a la máquina se le pare.

## EPÍLOGO

Existe otro perro escondido en la Biblia, pero es tan pequeño y pasa tan rápidamente, que es fácil que no lo notemos. Lo encontramos en el capítulo sexto del Libro de Tobías, cuando Rafael se le aparece a Tobías para conducirlo hacia un ungüento que sanará el ojo de su padre. Ahí, de la nada, aparece un perro: “El joven partió con el ángel, y el perro los seguía”, dice lacónicamente el texto.

En una pintura inspirada en esta escena, Verrocchio quizás entrega la clave de esta “aparición” invirtiendo extrañamente el orden de las cosas: el perro está *delante* del ángel, con él, y el niño lo sigue detrás. Además, el perro (un caniche blanco) es casi transparente. Se ve claramente el paisaje a través de su pelaje. Es él quien tiene literalmente un cuerpo angelical. Se parece a una nube, como Snoopy, con sus formas redondas y vaporosas, el único perro quizás que un artista haya logrado verdaderamente representar alguna vez.

Resulta que en la mitología griega –todavía– la palabra “ángel” designaba a una mujer, *Angelia*. Expulsada del Olimpo por su madre Hera, la reina de los dioses, tuvo que buscar refugio en el cuarto de una mujer que estaba pariendo, luego en el cuarto de un muerto que estaba siendo embalsamado. Finalmente, fue purificada

en un río, el Aqueronte, del cual renació para transformarse en la asistente de la reina de los infiernos, que es una reina múltiple: alternativamente Artemisa, Hécate, Perséfone, la cazadora, la mensajera y la renovación. Dicho de otro modo, en la figura de Angelia todos los aspectos del perro se conjugan nuevamente: el protector de las mujeres embarazadas, el embalsamador de muertos, el barquero de los ríos, el sembrador de los hombres. ¿Cómo no ver entonces que el ángel que guía a Tobías y a Rafael es Angelia, el pequeño caniche que los sigue y que Verrocchio situó oportunamente delante de ellos? ¿Cómo no ver que todos los perros son ángeles o que todos los ángeles son esfinges, falos alados y que es realmente por eso que no tienen sexo, porque ellos *son* uno?

Tener un perro, es tener un ángel. El mío era un basset hound. Tenía la alegría grave y profunda de Droopy, el cuerpo pesado y denso de las divinidades de la tierra. Fui a buscarlo a las montañas que rodean Aurillac porque vi en internet que un perro curiosamente llamado "Martín Lutero" había nacido ahí (era el año de las M). Quise ver un signo en ello y no me equivoqué. El poco tiempo que vivió marcó un giro en mi vida. Me abrió las puertas de esa naturaleza que como un pobre materialista yo le oponía al Espíritu, pero también de ese Espíritu que como un pobre intelectual no comprendía como Deseo. Me abrió al sentido *pleno* del misterio de la unidad del pensamiento y del Ser, que es la otra manera de llamar al misterio de Eleusis. Compartió conmigo el secreto de su alegría, de manera que ahora sé no tenerles miedo a los ángeles nuevos que, por nuestra parte, nos corresponde ser.

“Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*, escribía Walter Benjamin. En ese cuadro se representa a un ángel que parece a punto de alejarse de algo a lo que mira fijamente. Los ojos se le ven desorbitados, tiene la boca abierta y además las alas desplegadas. Pues este aspecto deberá tener el ángel de la historia. Él ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde ante nosotros aparece una cadena de datos, él ve una única catástrofe que amontona incansablemente ruina tras ruina y se las va arrojando a los pies. Bien le gustaría detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destrozado. Pero, soplando desde el Paraíso, una tempestad se enreda en sus alas, y es tan fuerte que el ángel no puede cerrarlas. Esta tempestad lo empuja incontenible hacia el futuro, al cual vuelve la espalda mientras el cúmulo de ruinas ante él va creciendo hasta el cielo. Lo que llamamos progreso es justamente esta tempestad”.

Yo agregaría: este ángel también, sobre todo este ángel, es un perro, de esos que adelantan febrilmente a sus amos cuidando sin cesar, por encima de su hombro, que la catástrofe ambulante que somos los sigue efectivamente.

Ese perro, tu rey.